



Tom Kromer

NADA QUE ESPERAR

Traducción de Ana Crespo



Acostado aquí arriba, intento pensar en el pasado, intento pensar en los años que llevo vividos. Pero soy incapaz de hacerlo. Lo único que me viene a la cabeza son los trenes a los que me he subido, los golpes que me ha dado la policía, la bazofia de los albergues que he engullido. A la gente que en algún momento conocí, ya no la recuerdo. No están conmigo ni forman parte de mi vida. Incluso la imagen de mi familia, incluso la de mi madre, se han ido desvaneciendo en la interminable sucesión de trenes y vagones que invaden mis pensamientos en las frías y largas noches. Todo lo que hubo desapareció.

La Gran Depresión se llevó los empleos, hogares y esperanzas de cientos de miles de hombres y mujeres en la Norteamérica de los años treinta. En poco tiempo el número de vagabundos merodeando por parques y calles se multiplicó de forma alarmante, mientras en las afueras de pueblos y ciudades proliferaban campamentos de personas famélicas y desesperadas. Tom Kromer fue una de ellas. Joven con estudios universitarios, la falta de trabajo y de sostén familiar lo arrojó a la carretera. Sin otra ambición que conseguir tres comidas y un techo, durante cinco largos años deambuló por albergues cristianos, parques públicos o pensiones de mala muerte, y soportó toda clase de humillaciones y brutalidades por parte de la Policía. *Nada que esperar*, relato de una vida a la intemperie, recoge las experiencias que su autor anotó en papeles de fumar Bull Durham y en los márgenes de folletos religiosos. Publicada en 1935 e inédita hasta ahora en castellano, *Nada que esperar* es la única novela de Tom Kromer, cuya carrera literaria concluyó de forma abrupta en 1937 tras publicar en la revista *Pacific Weekly* relatos breves que apuntaban hacia una evolución modernista de su escritura. La presente edición incluye algunos de ellos.

«Un clásico de la literatura de la Gran Depresión.» *Bloomsbury Review*



sajalín editores



A Jolene, que cerró la llave del gas

Capítulo 1

Es de noche. Avanzo por una calle oscura y tropiezo con un palo. Me agacho para recogerlo. Lo palpo. Es un buen palo, un palo pesado. Un golpe con este palo bastaría para derribar a un hombre. No lo mataría, pero lo dejaría fuera de combate. Lo estoy viendo. «Sacúdele fuerte en el centro del sombrero —me digo—, pero sin pasarte.» No quiero que se golpee la cabeza contra el suelo. Podría matarse. Y no quiero matarlo. Lo agarraré antes de que se desplome. Lo registraré en un segundo. Lo arrastraré a un lado entre las sombras y me alejaré. Sin correr. Andando.

Me desvío hacia una calle secundaria. Esta calle es más apropiada. Tiene menos casas y hay árboles grandes a ambos lados. Me oculto tras uno. No se ve nada. La oscuridad me protege. Espero. Espero cinco, diez minutos. Entonces, a una manzana de distancia, veo a un hombre que pasa por debajo de una farola. Viene hacia aquí. Va bien vestido. Puedo advertirlo a pesar de la distancia. Tengo buena vista. Ese tipo debe de tener pasta. Camina con paso despreocupado y la cabeza alta. Los vagabundos no caminan así. Los vagabundos arrastran los pies debido al cansancio y esconden la cabeza en el cuello del abrigo. Ese tipo tiene pasta. Estoy seguro. Aprieto el palo con fuerza. Me siento

tranquilo. No estoy asustado, estoy tranquilo. «En el centro del sombrero —me digo—. Pero sin pasarte, solo lo justo.» Ahí viene. Me agazapo entre las sombras. Me arrimo un poco más al árbol. Escucho el golpeteo sordo de sus pasos sobre el cemento de la acera. Levanto el brazo. Tengo que darle con fuerza. Me preparo. El tipo pasa por delante de mí. Es mi oportunidad. «Dale fuerte —me digo—, pero sin pasarte.» Lo tengo debajo del brazo, justo debajo del brazo. Pero el palo no se mueve. No sé qué me pasa. Se me ha revuelto el estómago. No tengo valor. Maldita sea, no tengo valor. Me tiembla todo el cuerpo y el sudor me empapa la frente. Un sudor pegajoso que contrasta con el frío y la humedad de la noche. Esto no va a funcionar, no va a funcionar. Pero tengo que conseguir algo de comer. Estoy hambriento.

Salgo tambaleándome de la oscuridad y me pongo a seguir a ese tipo. Tiene bastante buen aspecto. Me he fijado cuando pasaba por debajo de mi brazo. Podría sacarle veinticinco centavos, quizás cincuenta. Acelero el paso. Esperaré a que se acerque a una farola para irle con la cantinela. La espera es corta. El tipo se detiene junto a una para sacarse un cigarrillo del bolsillo. Me planto a su lado.

—Disculpe, señor. Hace días que no pruebo bocado. ¿No podría darme algo para...?

—Malditos pordioseros. Me tenéis harto. Lárgate de aquí o llamo a la policía.

Con un movimiento brusco, el tipo se mete la mano en el bolsillo del abrigo. Quiere hacerme creer que lleva una pistola. Pero no es verdad, me está engañando.

Me alejo por la calle a toda prisa. Malnacido, será malnacido. Podría haberlo derribado con el palo. Podría haberlo dejado

tendido en el suelo y va y me llama maldito pordiosero. Tenía el palo a punto sobre su cabeza, pero no he podido hacerlo. Soy un cobarde. Sé que soy un cobarde. Si no es así, ¿por qué estoy temblando como una hoja? Y, además, tengo hambre. Pero me lo merezco. Un tipo que no tiene agallas para conseguir comida merece pasar hambre.

Sigo andando por la calle. Me cruzo con gente, pero la dejo pasar. No paro a nadie. No tengo valor. Avanzo hasta una calle principal. Nunca había pasado tanta hambre. Tengo que conseguir algo de comer. Paso por delante de un restaurante. Junto a la ventana hay un pollo asado. Un pollo gordo y dorado, desparrado en una bandeja de plata llena de salsa. La salsa, marrón y espesa, gotea lentamente por un lado de la bandeja. Me quedo allí de pie, contemplando el goteo. Debajo de la bandeja hay un letrero que dice: «Coma todo lo que pueda por cincuenta centavos». Me relamo y la boca se me hace agua. Ya me gustaría a mí sentarme en una mesa con ese pollo delante. Miro hacia dentro. Es un local elegante. Las camareras visten uniformes blancos y azules. Las veo apresurarse de aquí para allá, con bandejas cargadas de platos que sobresalen por los lados. Queda mucha comida en esas bandejas, comida que acabará en el cubo de la basura. En medio del comedor hay una fuente donde borbotea el agua. La fuente es de mármol rosa y las sillas, de piel roja con ribetes negros. La barra está llena de hombres que comen. Ellos comen y yo estoy hambriento. Las mesas, dispuestas en filas largas, están cubiertas con manteles blancos como la nieve y esa blancura hace que las copas brillen como diamantes. Los cuchillos y los tenedores son de plata. Su fulgor es tan intenso que desde la calle puedo ver que son de plata de ley. No me atrevo a meterme ahí dentro. Es un local demasiado elegante y, además, hay

demasiada gente. Si entro, se reirán de mi ropa andrajosa y de mis zapatos sin suela.

Miro fijamente a una pareja que come junto a la ventana. Me levanto el cuello del abrigo. Los hombres que llevan el cuello del abrigo levantado parece que lo estén pasando peor. Esa gente tiene pasta. Se han arreglado para la ocasión. Ella luce un vestido de satén negro que resplandece a la luz de la araña colgada de la bóveda del techo. Lleva los dedos cargados de diamantes, y pulseras también de diamantes en las muñecas. Es hermosa. Nunca había visto a una mujer tan hermosa. Tiene los labios rojos. Unos labios que se vuelven más rojos en contraste con el blanco de los dientes que enseña cada vez que se ríe. Y se ríe muchas veces.

Miro fijamente a través de la ventana. Puede que sean capaces de reconocer a un hombre que lo está pasando mal. Puede que ese tipo esté dispuesto a soltarle unos cuantos centavos a un vagabundo hambriento. Están comiendo pollo. Un pollo como el de la ventana, gordo y dorado. Pero en realidad no comen, solo pican. Apenas pican un poco porque ni siquiera tienen hambre. Pero yo estoy hambriento. Deberían darle ese pollo a un hombre que tenga hambre. Los veo cortarlo en pedazos diminutos y llevárselos a la boca con el tenedor. El hombre está sentado enfrente de mí. Un par de veces, levanta la vista hacia la ventana y nuestros ojos se encuentran. Me pregunto si es capaz de reconocer la mirada de un hombre que está en las últimas. Ese tipo no ha pasado hambre en su vida, de eso estoy seguro: siempre ha cortado el pollo en pedazos diminutos. Lo veo decirle algo a la mujer, que se gira y me mira a través de la ventana. Pero yo no la miro a ella, miro el pollo que hay en el plato. Que vean que estoy hambriento. Me quedaré aquí de pie hasta que salgan, puede que me den cincuenta centavos cuando se vayan.

Siento un manotazo en el hombro, un buen manotazo. Me vuelvo al instante.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Es un policía.

—¿Yo? Nada —le respondo—. Nada, mirando a un tipo comer pollo. ¿O es que está prohibido mirar a un tipo que está comiendo pollo?

—Conque vas de listillo, ¿eh? —me dice—. Muy bien, pues ahora verás qué hago yo con los listillos.

El policía me suelta una bofetada tan fuerte que caigo de espaldas contra el edificio. Tiene las manos a un lado, en la funda de la pistola. ¿Qué puedo hacer? Aguantar lo que me venga encima, no puedo hacer otra cosa. Me pegará un tiro si intento algo.

—Levanta las manos —me dice.

Levanto las manos.

—¿Y la pistola? —me pregunta.

—No tengo pistola —le contesto—. Nunca he tenido.

—Eso es lo que dicen todos —asegura.

Me palpa los bolsillos, pero no encuentra nada. Se ha formado un grupo de gente a nuestro alrededor. Quieren saber qué está pasando y observan al policía registrarme los bolsillos. Creen que soy un atracador. Un vagabundo hambriento se detiene para mirar a un tipo que se está comiendo un plato de pollo y todo el mundo piensa que se trata de un atracador. ¡Venga ya!

—Está bien —me dice—. Y ahora sal de mi vista si no quieres que te detenga. Si vuelvo a verte por aquí, te daré una paliza que no se te olvidará en la vida. Largo.

Me alejo por la calle a toda prisa. Es lo mejor que puedo hacer. Menudo malnacido, ese hijo de perra. Justo cuando estaba a punto de conseguirlo, va y me echa de allí. El tipo del restaurante

era un tipo legal, un buen tipo. Se había dado cuenta de que lo estoy pasando mal y al salir se habría portado bien conmigo.

Paso por delante de una pequeña cafetería. Dentro no hay ningún cliente, solo un tipo sentado junto a la caja registradora. Es el sitio que ando buscando. Entro y me acerco a él. Está gordo y tiene papada: es evidente que no ha tenido que renunciar a muchas comidas en su vida.

—Señor —le digo—. Me ofrezco a lavar platos o a hacer cualquier otro trabajo a cambio de un poco de comida. Estoy hambriento. Maldita sea, haré lo que quiera.

Me mira con dureza. De ese tipo no va a salir nada bueno, me doy cuenta de inmediato.

—A ver —me dice—, ¿por qué diablos todos los vagabundos venís aquí? Eres el cuarto que ha entrado en la última media hora. Ni siquiera me llega para el alquiler. No tengo clientes desde hace una hora. ¿Por qué no vais a alguno de esos locales grandes donde el negocio funciona?

—¿No podría darme una taza de café? —le pregunto—. Me ayudaría a pasar el día. Ya me han echado de una veintena de sitios.

—No puedo darte nada. El café no es gratis —me contesta—. Vete a una de esas grandes cadenas y gorréales a ellos el café. Cuando tenéis dinero, ¿dónde vais a gastároslo? A esos establecimientos. Pues no, no puedo hacer nada por ti.

Salgo de la cafetería. Ni un café se ha dignado a darle a un hombre que está en las últimas. ¿Cómo puede haber gente así? ¿Será miserable! Si me lo encontrara en una calle oscura, yo sí le daría un café. Y un puñetazo en las napias que recordaría toda la vida. Sigo caminando. Cuando paso por delante de algún local sin clientes, entro. Pero me echan sin vacilar. «El negocio va

mal —se excusan—. ¿Por qué no te metes en uno de esos locales grandes?» Se me revuelve el estómago, tengo ganas de vomitar. He de conseguir comida. Qué demonios. Voy a entrar en uno de esos restaurantes elegantes. ¡Orgullo! ¿Y a mí que me importa el orgullo? ¿Acaso le importo yo a alguien? No. A esos malnacidos les da igual si sigo vivo o me muero.

Paso por delante de un local, un local lujoso, todo blanco por dentro. Las mesas están ocupadas, la barra también. Todos comen y yo estoy hambriento. Esa gente paga una pasta por comer y ni siquiera tienen hambre. Cuando terminen, igual le dejan a la camarera una propina de cincuenta centavos. Esta noche va a hacer frío y con cincuenta centavos tendría para pagarme un lugar caliente donde dormir, un lugar donde no hiciese frío.

Entro en el local, avanzo hacia el centro de la barra y me dejo caer en un taburete. Los clientes, esos clientes que siempre pagan al contado, me miran boquiabiertos. Voy limpio, pero mi aspecto es desaliñado. Saben que no encajo en este lugar. Yo también sé que no encajo en este lugar, pero tengo hambre. Y los que tienen hambre encajan allí donde hay comida. Que sigan mirando.

Un camarero me tiende la carta. No se la cojo. ¿Para qué quiero yo la carta?

—Amigo —le digo—. Estoy hambriento y sin blanca. ¿No podría darme algo de comer?

El camarero sacude la cabeza. No, no puede darme nada.

—Estoy ocupado y el jefe no ha venido. Lo siento.

Noto que me estoy poniendo rojo. Todo el mundo me mira con sorpresa, todo el mundo estira el cuello para observarme mejor. Me levanto del taburete y camino hacia la puerta. No consigo comer en ningún sitio. Al diablo con ellos. Ojalá pudiese echar mano de una pistola.

—Oye, amigo.

Doy media vuelta. Un tipo con un traje gris, sentado en el centro de la barra, me está haciendo gestos. Vuelvo atrás.

—¿Tienes hambre?

—Estoy muerto de hambre. Hace dos días que no pruebo bocado, es la pura verdad.

—¿Una mala racha? —me pregunta.

—La peor que se pueda imaginar —le contesto.

—Siéntate. Yo también he pasado malas rachas. Sé lo que es. Me siento a su lado.

—¿Qué te apetece? —me pregunta.

—Pida usted —le respondo—. Lo que usted pida estará bien.

—Pide lo que te apetezca. Aprovecha para llenarte el estómago.

—Un bocadillo de jamón y un café —le digo al camarero de antes.

Ahora el muy malnacido es todo sonrisas. Sabe a quién le puede sacar unos cuantos centavos. Me apuesto algo a que es el dueño del local. Me ha dicho que el jefe no ha venido, pero me apuesto algo a que él es el jefe.

—Ponle un bistec con guarnición —dice el tipo del traje gris—. Este hombre tiene hambre.

Es un buen tipo. A pesar de que levanta la voz cuando pide el bistec para que todo el mundo sepa lo generoso que es, es un buen tipo. Cualquier tipo es un buen tipo cuando está a punto de invitarme a un bistec. Que presumo un poco. Se lo ha ganado. Estoy sentado en la barra de este local y tengo la sensación de estar soñando despierto. Qué mundo más extraño. Hace cinco minutos estaba al borde de la desesperación. Y aquí estoy ahora,

en un local distinguido, esperando a que me sirvan un bistec. Que me sigan mirando. ¿Qué más me da? ¿Es que no han visto nunca a un hombre hambriento?

El camarero me planta el bistec delante. Demonios, en la vida había visto algo con tan buena pinta. Un bistec con guarnición como este le alegraría la vista a cualquiera. Ahí está: grande, carnoso, tostado. Con rodajas de tomate al lado, por todos lados. Empiezo a comer. No levanto los ojos del plato, pero sé que todos los clientes me están mirando. «Lléname el estómago y lárgate de aquí», me digo a mí mismo.

El tipo que está sentado tres asientos más lejos se levanta y pide la cuenta. Es un hombre pequeño que lleva gafas de concha. La cuenta asciende a treinta centavos. Lo he visto antes de que el camarero le diese la vuelta. ¿Por qué siempre tienen que darle la vuelta a la cuenta? ¿Acaso temen que a sus clientes se les revuelva el estómago cuando vean el precio? El hombre en cuestión saca un dólar del bolsillo y se acerca al encargado de la caja registradora. Me pregunto qué se siente al llevar un pavo en el bolsillo de los tejanos. Con cincuenta centavos yo sería el rey del mambo. Con cincuenta centavos podría pasar la noche bajo techo y pagarme el desayuno por la mañana. Así es como se debe vivir. Si pagas lo que debes, puedes mirar a los ojos a los policías que te cruzas por la calle y decirles: «A vosotros, malnacidos, no os debo ni un centavo».

Cuando el encargado de la caja le devuelve al hombre el cambio, este se acerca y lo deja junto a mi plato.

—Ya tienes cama para esta noche —me dice.

Habla sin levantar la voz. No intenta presumir, a diferencia del tipo del traje gris. Y no es que crea que el tipo del traje gris no es un buen tipo. Todo lo contrario. Diablos, me ha pagado un

bistec cuando ya no aguantaba más sin comer. No, es un buen tipo, aunque le guste presumir un poco. Levanto la vista para mirar al hombre del cambio y lo veo saliendo por la puerta. No le doy las gracias. Está demasiado lejos y, además, ¿qué podría decirle? No me lo creo. Treinta centavos, decía la cuenta. Treinta centavos que ha pagado con un dólar. Eso significa setenta centavos de cambio. Tengo setenta centavos. Es decir, un techo para pasar la noche, el desayuno de mañana y lo suficiente para comprar tabaco. Hoy no voy a buscar colillas por las alcantarillas, hoy me voy a comprar un paquete de cigarrillos. Recojo el cambio y me lo guardo en el bolsillo. Ese tipo me ha leído la mente. Aquí sentado estaba yo, imaginando lo que haría con cincuenta centavos, y va y me suelta setenta. Ese tipo era legal. Seguro que alguna vez ha tenido problemas, seguro que sabe lo que es pasar hambre. Me apresuro con la cena. Aquí dentro no soy más que un vagabundo hambriento. Pero ahí fuera, con setenta centavos en el bolsillo, soy igual que los demás. Si tuviese un millón de dólares y me encontrase con el tipo del cambio, le diría:

—¿Se acuerda de que una vez me dio setenta centavos? Estábamos en un restaurante, ¿no lo recuerda? Pues sí, una vez me dio setenta centavos en un restaurante. Yo estaba muerto de hambre, al borde de la desesperación, y usted me dio setenta centavos.

Entonces le ofrecería un fajo de billetes, un buen fajo, y me alejaría. Ese tipo no tendría que preocuparse nunca más por el dinero. Le daría más que suficiente para que viviese como un rey el resto de su vida.

Termino de comer y me levanto.

—Gracias, amigo —le digo al hombre del traje gris—. Le agradezco de verdad lo que ha hecho por mí. Estaba a punto de morirme de hambre.

—No hay de qué —me dice él—. Me alegro de haber podido ayudar a un hombre en apuros.

Levanta la voz para que le oigan desde el otro extremo de la barra, pero, aun así, es un buen tipo. Me ha pagado el bistec.

Salgo a la calle. Meto la mano en el bolsillo y hago tintinear las monedas. Qué bien me siento al hacerlo. Ni estoy sin blanca, ni estoy hambriento. Y me cuesta creer que hace una hora lo estuviera. Esta noche no dormiré a la intemperie ni en un miserable albergue cristiano.

Avanzo por la calle y entro en un parque. Miro los bancos, sus patas de hierro y sus listones de madera.

—¡Ahí os pudráis! —exclamo—. No tengo nada que ver con vosotros, ni siquiera os conozco. Esta noche no pasaré frío ni me destrozaréis la espalda, esta noche me espera un techo y una cama como Dios manda.

Miro a los vagabundos que están tumbados en los bancos. Recupero la sensación del tintineo y recuerdo lo desesperado que me sentía la noche pasada.

Se está haciendo tarde y estoy cansado. Ya en el barrio chino me detengo delante de una pensión de mala muerte. No tiene marquesina para proteger de la lluvia a los huéspedes, ni tampoco portero con traje de comandante de la Guardia Imperial. Nada de eso es necesario, ya que todas las *suites* están en el tercer piso. Después de subir las desvencijadas escaleras, me falta el aliento. En el descansillo me encuentro a un tipo sentado en un taburete dentro de una especie de jaula de alambre.

—Quiero una cama de cincuenta centavos —le digo—. Que esté limpia.

El tipo está encorvado sobre un escritorio y la barriga le asoma por debajo de un jersey verde de aspecto sucio. Se frota las

manos y al sonreír me enseña sus dientes amarillos. Luego me guiña uno de sus ojos hinchados.

—Por un poco más, solo un poquito más —me propono—, puedo ofrecerte una habitación, una buena habitación. El caso es que es demasiado grande para una persona y en ella te sentirás solo. Así que un poco de compañía no te importará, ¿verdad? Sobre todo si la acompañante es muy joven y muy guapa.

El tipo se lame los labios, que también tiene hinchados.

—Tenemos una chica, una chica nueva, que ha llegado esta misma noche. Mira, porque eres tú y porque todavía tiene que aprender, solo te costará un dólar más, ¿te parece bien?

Lo miro. Me recuerda a las ranas de ojos saltones y vientre hinchado que pescaba de niño. Si pudiera, le clavaría a ese tipo un anzuelo afilado en la barriga y lo contemplaría morir mientras patalea.

—Quiero una cama de cincuenta centavos, eso es todo —le digo—. No me apetece hacer de niñera de ninguna de tus vírgenes. Estoy sin blanca y, además, me caigo de sueño.

—Pero tienes que verla —insiste—. Es pequeñita, guapísima. Ahora la traigo. Seguro que cambias de opinión cuando la veas.

—No quiero verla —le digo.

—Es así de alta —continúa—. No más alta que esto. Una belleza. Voy a traerla. Tienes que ver lo guapa que es.

Se baja del taburete.

—Maldita sea. ¿Piensas darme esa cama o voy a tener que soltarte una patada en la barriga para que lo hagas? —me enfado.

—Pues lo dejamos para otro día —me dice—. Para cuando tengas más dinero. Ya verás que es guapísima.

El tipo avanza tambaleándose por un pasillo asqueroso. Lo sigo. Tiene las piernas hinchadas a causa de la hidropesía y lleva unas zapatillas andrajosas en las que los tobillos ya no le caben y le cuelgan por los lados. A medida que camina, me parece oír el gorgoteo del líquido que acumula en las piernas. Abre una puerta y me tiende la mano para que le pague.

—¿Cuántas camas tiene este dormitorio? —le pregunto.

—Cuarenta —me contesta—. Pero son cómodas y están limpias.

Entro en el dormitorio, que es grande y está repleto de camas. A mí no me parecen tan cómodas: no son más que camastros. Por su aspecto, diría que tienen piojos. De hecho, estoy seguro de que los tienen. Pero un vagabundo como yo ha de dormir en alguna parte, haya piojos o no. Casi todas las camas están ocupadas. Oigo los ronquidos de los hombres que ya están dormidos. Elijo una al otro extremo del dormitorio, una que no tiene colchón, solo dos mantas sucias que apestan. A saber cuántos desgraciados han dormido debajo de esas mantas.

Junto a la pared se ha reunido un grupo de cuatro o cinco vagabundos. Los observo. Sé muy bien qué van a hacer. Se pasan el día drogados y van a colocarse con gel combustible.

—Dame ese pañuelo —dice un tipo pelirrojo con la cara llena de granos enquistados—. Ningún desgraciado puede sacarle más jugo que yo a una de estas latas.

Un tipo pequeño, con el cuello de la camisa sucio, examina la lata.

—Serán malnacidos —se queja—. ¿Habéis visto? Cada vez hacen las latas más pequeñas. Esta lata es más pequeña que la de ayer. Malditos timadores. Esos malnacidos serían capaces de quitarnos el pan de la boca, os lo aseguro.

El tipo da saltitos mientras habla, le brillan los ojos enrojecidos y las gotas de sudor se le acumulan en la frente. ¿Cómo puede ponerse tan furioso por el tamaño de una lata? Aunque, en realidad, cualquier cosa puede ponerte furioso cuando llevas un año enganchado a eso.

El pelirrojo coge la lata y la vacía en el pañuelo, que está mugriento. Pero eso no les preocupa lo más mínimo. ¿Qué más les da un poco de suciedad a esos colgados? Muy pronto estarán colocados y entonces no les preocupará nada. Muy pronto se les habrán acabado todos los problemas. Esa lata se encargará de ello. Estrujan el pañuelo y dejan que el gel gotee dentro de un vaso. Luego le añaden agua. El olor de ese potingue le revolvería el estómago a cualquiera, pero no a ellos. Ellos van a bebérselo. Se turnan para echar un trago, se dan codazos para alcanzar antes el vaso. Y cuando se lo terminan, exprimen un poco más y siguen bebiendo, aunque al tragar se les corte la respiración y les den arcadas. Muy pronto se pimplan toda la lata. Y poco después se ponen a cantar. Entiendo que se coloquen con ese veneno. No pueden pasarse el día pensando. Si lo hicieran, no tardarían en volverse locos. Cuando estás en la calle lo más probable es que acabes en un manicomio. Así que esos tipos se preparan su potingue y luego se lo beben.

El vagabundo de la cama de al lado mira con desprecio al grupo de drogados.

—¿Sabes qué pienso de los tipos que se beben eso? —me dice—. Solo la peor chusma es capaz de tragarse esa porquería.

Entonces saca una botella de debajo de la almohada. Es una loción para el cabello. Según las instrucciones de la etiqueta, hace crecer pelo nuevo e impide que el viejo siga cayendo. Pero

ese vagabundo no necesita ninguna loción para evitar la caída del cabello porque hace un año que no se corta el pelo.

—No hay nada como esto —añade—. Llevo un año bebiéndolo y al día siguiente ni siquiera me duele cabeza.

El vagabundo se lleva la botella a la boca y no la suelta hasta que no queda ni gota.

—Esto sí que es bueno —insiste—. No tiene ni punto de comparación con ese veneno.

No entiendo cómo puede ser tan bueno si no paran de darle arcadas mientras se lo traga. Pero eso es asunto suyo. Si lleva un año bebiéndose ese mejunje, ya debería saber si es bueno o no. En un momento ese tipo va a estar durmiendo. Lo veo tumbarse en la cama y dormirse con los ojos completamente abiertos. Por Dios, me pone de los nervios verlo así, con los ojos tan abiertos. Parece que esté muerto. Pero no he visto nunca a un muerto con la cara bañada en sudor. A pesar de que en este dormitorio hace bastante frío, tiene la cara cubierta de sudor. Debe de ser la loción, que tiene que salirle por algún sitio. Si lleva un año bebiéndose eso, seguro que tiene el cuerpo lleno. Me apuesto algo a que sus tripas están cubiertas de pelo. Sería un buen modo de comprobar si esa loción es un timo o no. Bastaría con abrirle la barriga el día que la palme por culpa de la loción. Si no tiene las tripas cubiertas de pelo, esa loción es un timo.

Lo observo. No puedo apartar la mirada de él. Tiene espasmos en las piernas, tiembla y se estremece. Le está dando un ataque. Por poco se cae de la cama. Y sigue con los ojos abiertos de par en par y chorreando sudor. Pero él no se entera de nada. Está totalmente dormido. Si ese mejunje es el bueno, yo prefiero beberme el malo. Ni siquiera me lo echaría en el pelo, no fuese a filtrárseme hasta las tripas y provocarme los mismos espasmos.

El resto de vagabundos no le presta atención. Han visto a demasiados desgraciados enganchados a esa loción. Pero yo no. Y me pone de los nervios. Si ese tipo va a pasarse toda la noche así, tendré que salir a la calle. Y hace un frío de muerte para pasar la noche en la calle. Pero prefiero la calle a tener que contemplar a ese tipo dando saltos con los ojos completamente abiertos mientras duerme.

Me tapo la cabeza con una manta sucia y trato de no pensar en él.